

aseguraban una larga vida, y la Muerte hacia arriba, hacia el tercer piso donde apenas descansaba, en un rincón, la maleta de lona... Santa Águeda se adormece, en el silencio que baja de los montes. Sólo algún perro aúlla, en un caserón remoto. Y en el pasillo, el viejo reloj desvencijado, con su tic-tac, marcha, tictaquea hacia la última hora del hombre poderoso, bien defendido, seguro del poder y de la suerte, mientras encima, sin prisa, la Muerte se desviste, la Muerte apaga el candil.

Al fin amanece, es domingo. ¿Por qué eligió ese día el hombre del sombrero liviano? ¡Ah! Estos domingos, en los que la burguesía más vistosamente se muestra en su lujo ricacho y en su tradicionalismo estrecho, las señoras arrastran sus largas sedas de misa, los hombres resplandecen en sus botines de betún reciente y todos, en hilera decorosa, se repliegan hacia la iglesia, para la reverencia de los dogmas, que siempre crisan ásperamente a los racionalistas, a los igualitarios... Cánovas regresa de misa. Sentado en el banco del jardín, junto a una puerta acristalada, recorre el periódico, mira su reloj, espera el almuerzo. Tic, tic, tic, el puntero corre. El hombre fuerte que gobierna España apenas tiene un minuto de vida bajo aquel generoso sol que cubre Santa Águeda. La Muerte trepa a su habitación, abre su maleta, saca su guadaña. Ya descende la escalera, se cruza con las señoras que suben con sus sedas de domingo, con sus devotos libros de misa. Y después...

Pero entonces la tragedia pierde su interés violento. Únicamente hay un hombre muerto que sus amigos llevan, con un dolor asombrado, para iniciar su apoteosis. Y hay otro hombre, con las manos esposadas y también ya muerto, que los soldados arrastran hacia el garrote.

Mientras tanto, por las quietas colinas de Santa Águeda, los pinares, altos en el desatento azul, no cesan su indolente, eterno rumoreo: robustas vacas pastan en un prado donde un revoltoso arroyo reluce y corre atareado; y en los zarzales las mariposas, por parejas, vuelan deslumbradamente sobre las madre selvas y las moras maduras.

(*Revista Moderna*, 5 de septiembre de 1897)

Traducción: Isabel Soler

«En el mismo hotel» es una de las nueve crónicas que Eça de Queirós publicó entre 1897 y 1899 en la Revista Moderna. El texto fue recopilado en el volumen póstumo de obra periodística Notas Contemporâneas, publicado en 1909. La Revista Moderna fue un ambicioso proyecto en el que Eça puso mucho interés. Se trataba de hacer una revista al estilo de la

prestigiosa Revue des Deux Mondes en lengua portuguesa. Aparecieron treinta números entre el 15 de mayo de 1897 y abril de 1899. Eça de Queirós publicó en ella, además de las nueve crónicas mencionadas, tres cuentos y la primera versión de La ilustre casa de Ramires. «En el mismo hotel» es la tercera de estas crónicas y se publicó el 5 de septiembre de 1897. Se trata de un texto de actualidad sobre un suceso que conmocionó la Europa de finales de siglo: el asesinato de Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) por el anarquista italiano Angiolillo el 8 de agosto de 1897 en el balneario de Santa Águeda (Guipúzcoa). Eça supo del magnicidio en Plombières y en carta de 13 de agosto de 1897 escribe a su mujer:

En efecto me impresionó mucho la muerte trágica de Cánovas. También todo Plombières se conmovió [...] Aunque no era una gran inteligencia sí tenía un gran carácter, que de hecho es lo que más sirve para gobernar [...]. Lo peor es la posibilidad de que en España se organice un cuerpo a cuerpo entre anarquistas y jefes con poder –que ahí significaría una larga serie de asesinatos y torturas. Esta tragedia fue grandemente española. Cánovas gritando «¡Viva España!», y la mujer rompiendo el abanico en el rostro del asesino, son cosas solamente de esa tierra ultrasublime.

La crónica de Eça se centra en la convivencia de víctima y asesino en el mismo hotel durante los días que precedieron al atentado. El autor portugués recrea la sensación de un tiempo ralentizado y el contraste entre la consciencia del anarquista italiano, que sabe que en un momento u otro cumplirá su destino, y la inconsciencia de la víctima, que no sabe que lo será. Y este es el gran misterio: por qué Angiolillo tardó cinco días en cometer el atentado. Tal vez porque, como afirma Eça: «Para él, y con clara consciencia, también aquellos días de baños en la quieta Santa Águeda eran los últimos del mundo».

Elena Losada Soler